



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Carlos Ulanovsky

**SEAMOS
FELICES
MIENTRAS
ESTAMOS AQUÍ**
CRÓNICAS DE EXILIO

Prólogo de Cecilia González



*A Simón, mi papá, que nunca dejó de mandarme
publicaciones argentinas que no se conseguían allá,
especialmente la revista Racing.
En memoria.*

*A Bruno y Carmela, mis nietos, porque esta parte de la
historia familiar también les pertenece.*

PRÓLOGO

Julio Cortázar, tantas veces criticado por radicarse en Francia, contó alguna vez el dolor que le produjo la prohibición de sus libros y de su presencia en Argentina durante la dictadura. No venir a, o no vivir en este país, ya no era una decisión suya.

En el derecho de cada persona a elegir en dónde vivir están la clave y la vigencia de este libro. Aquí, Carlos Ulanovsky cuenta su exilio en mi país con una honestidad que conmueve. No hay un héroe, ni un mito, ni justificaciones ideológicas, sino un hombre que parte de Argentina a México con su esposa, Marta, y sus hijas, Julieta e Inés, obligado por el miedo, con vergüenza y culpa asumidas. Al reconocer sus sentimientos, revela su humanidad y logra que experiencias intransferibles por definición nos interpelen.

La minuciosa descripción de su nostalgia, su tristeza y su melancolía –sentimientos universales– nos permite reconocernos en otro, acompañarlo en sus dudas y temores. Hay un aprendizaje sobre el exilio, esa palabra terrible que implica el abandono del país propio a la fuerza pero que, al mismo tiempo, permite el descubrimiento de fortalezas y debilidades personales identificadas por Carlos a veces con ironía, a veces con sorpresa.

Carlos construye la esperanza voluntarista de que su paso por México será temporal. Tan fuerte es su temor al desarraigo que

lo combate con una permanente e inútil comparación entre el país que lo expulsa y el que lo acoge. La idealización de Buenos Aires incrementa el padecimiento de las diferencias culturales con México y complica la adaptación. Los temblores y los sabores de México, es cierto, no son para cualquiera. En el afán de proteger su identidad, Carlos cuida la baldosa porteña que un amigo le lleva al Distrito Federal. Es un símbolo de la añoranza por una ciudad abandonada, temporalmente, por su cuerpo; jamás por su alma. Mucho menos por su corazón.

En ese deambular, Carlos confiesa su asombro por el disfrute de otros exilios. Descubre en un viaje a Europa que sí, otros pueden ser felices lejos de Argentina. Se adaptan, construyen una nueva vida. Y hasta dejan de ser de Racing. Pocas revelaciones podrían ser más dolorosas para un fanático del fútbol que, como él mismo reconoce, no tiene sentido alguno de la oportunidad y pasa el Mundial Argentina 78 exiliado en México y el de México 86 en Argentina.

Presionado por el terror que gobierna su país, los años de Carlos en México se acumulan y logran que se acostumbre a los picantes, pero no a la ausencia de información. Espera y busca con avidez cartas, revistas y diarios. En el camino paralelo que el libro recorre entre la década de 1970 y el año 2001, se pregunta qué hubiera sido de los exiliados con los avances tecnológicos del nuevo milenio. Parece fácil apostar a que la angustia habría sido menor, pero esa teoría se pone en duda al pensar en la guerra de Malvinas. No hay noticia que calme la preocupación y la impotencia de padecer un conflicto armado a lo lejos.

El relato vira a la ternura al reconstruir la mexicanidad sin resistencias de Julieta e Inés y la vida de los exiliados argentinos, sus esfuerzos por reunirse, ayudarse, mantenerse en contacto, cuidar sus hábitos culturales y compartir el dato clave de la carnicería en donde se puede comprar el corte necesario para

preparar sus preciadas milanesas o la persona que proveerá yerba mate. Aparece en ellos el temor a morir en suelo ajeno, algo que los mexicanos ya resolvimos con una canción: “México lindo y querido, si muero lejos de ti, que digan que estoy dormido, y que me traigan aquí”.

La biculturalidad, al final, se impone como una suerte de maldición. Los casi quince mil kilómetros de distancia ida y vuelta entre las ciudades de México y Buenos Aires se transforman en un círculo infinito. El fin del exilio significa el inicio de una eterna nostalgia por México traducida en la búsqueda de restaurantes mexicanos en Buenos Aires, la entonación de *Las Mañanitas* en los cumpleaños porteños o el reparto de delicias mexicanas traídas por los viajeros. Los exiliados y los migrantes voluntarios (como es mi caso) compartimos esa sensación. Sabemos bien lo que es tener el corazón partido.

Los prejuicios se esfuman. Ni México era tan terrible, ni Argentina el paraíso perdido. La noción de *país* es una idea abstracta que las personas volvemos concreta. Habitamos ciudades y territorios no solo físicamente, sino con abrazos, amigos, paisajes y recuerdos de tardes de lluvia o de lágrimas en una despedida. Lo más importante no cabe en ninguna maleta. Lo fundamental es comprender que Carlos cuenta *su* Distrito Federal y *su* Buenos Aires. Es una construcción personal. En ese recorte, no tenía por qué saber, como no lo sabía casi nadie, que el México que lo recibió padecía esquizofrenia y, mientras acogía a miles de refugiados latinoamericanos, llevaba a cabo su propia guerra sucia y mataba y desaparecía a opositores políticos, lo que después provocó sentimientos encontrados entre los exiliados.

Al igual que lo hacen los países y las personas, este libro mutó con el transcurrir de los años y transitó del espanto de la dictadura, el dolor de la partida y la esperanza por el regreso

cuando la democracia asomaba, a la incertidumbre del aciago 2001 argentino, entre constantes preguntas ajenas con sabor a sospecha y a reclamo: ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué volviste?

Lo que no cambió nunca es el agradecimiento de Carlos a México. Lo bautiza “el otro país nuestro” y lo define como “un obsequio inesperado” y “una clínica de recuperación emocional”. Imposible ser mexicana y no sentir orgullo por la solidaridad de mi gente rescatada en estas páginas. Es una noble tradición. La gratitud va de vuelta, Carlos, por recordarnos que siempre es posible empezar de nuevo. Y que podemos ser felices mientras estemos aquí.

CECILIA GONZÁLEZ

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

Si hay un libro con larga vida e historia acumulada es este. Lo empecé a escribir en 1982, durante mi sexto año de estadía en México. La Argentina, mi país, no solo seguía lejano, violento y expulsor, sino que, vaya ocurrencia, le acababa de declarar la guerra a una de las grandes potencias. Lo terminé, ya de vuelta en Buenos Aires, cuando todavía los resultados de ese irreparable enfrentamiento bélico pesaban como otro nuevo e insuperable dolor.

La edición inicial apareció en noviembre de 1983. El libro tuvo una presentación inolvidable, una recorrida interesante, y se agotó más temprano que tarde.

En 2001, el año de otra crisis amarga de la Argentina, apareció una segunda versión. Se llamaba igual, pero era diferente porque ya habían pasado 18 años y muchos tramos del libro exigían ser interpelados, releídos, enriquecidos, corregidos y aumentados. ¿Por qué tenía que permanecer intocable el libro si ni mi cabeza ni mi mirada acerca de muchas cuestiones –ni hablar de mi cara ni del color de mi cabello– eran los mismos? ¡Qué ironía retomar el tema del exilio en ese año, en una Argentina democrática pero desdichada porque muchos compatriotas perdieron trabajo y oportunidades! Y ni hablar de quienes perdieron la vida en esas jornadas dramáticas.

Por acumulación de afectos y por expresar una parte central de mi persona y de mi historia no hay otro libro, de los otros veintidós que publiqué, al que quiera tanto como este. En 2011, otra vez Sudamericana le ofreció una tercera oportunidad. Y ahora me da mucho orgullo estar prologando el inicio de la cuarta travesía del libro. Agradezco mucho a Marea Editorial y a Constanza Brunet esta posibilidad.

Tuve dos estadías en México. La primera vez viví 18 meses, desde octubre de 1974. La segunda empezó en abril de 1977 y se prolongó más de seis años. Alguna vez (soy pésimo para las matemáticas) calculé que habían sido unos 2215 días. Un número insignificante para la historia de la humanidad, pero central e inolvidable para mi vida y para la de mi familia.

El título –cada tanto alguien me sorprende mencionándolo como contraseña de esperanza– alude a una artesanía que descubrí y compré en México. Es una flor, un girasol de estética y colorido ingenuos que lleva inscrita esa frase que es toda una invitación a pasarla mejor. Y en ese momento significó un mensaje para nosotros que vivíamos con el cuerpo en el DF y el corazón a miles de kilómetros de distancia. Milagrosamente, la flor sobrevivió a muchos traslados y mudanzas y todavía luce en mi departamento, convertida en pudoroso altar que –cinco palabras y treinta y dos letras mediante– contiene claves de supervivencia afectuosa y única.

Por muchas razones siempre digo que el distrito federal mexicano es mi segundo lugar en el mundo. Después de Buenos Aires, es la ciudad que más conozco. Si alguien me deja abandonado en San Ángel no me pierdo, porque sé para qué lado va la avenida Revolución o para dónde circula la avenida Patriotismo. Sé cómo hay que pedirles a las meseras del Sanborn's o cómo hablarles a los taxistas para evitar que me paseen. Y, fundamentalmente, sé lo que me hace sentir cualquier noticia adversa que

llegue desde allá, desde el terremoto de 1985 a las inquietantes consecuencias de la violencia de los últimos años.

Cada capítulo lleva una dedicatoria. Primero que nada, a mi familia cercana, indudable coautora de estos textos. Y después a quienes en México constituyeron nuestra familia sustituta. Volver a esa lista impresiona, empezando porque hay demasiadas ausencias que son presencia. En 2005 murió Marta, con quien tuvimos 32 años de linda vida en común. A los naturales y cruentos designios de la biología hay que agregar alejamientos, separaciones, olvidos, algún que otro terremoto ideológico. Sin embargo, ninguna de esas dedicatorias será desalojada de su sitio porque ellos, cada uno a su manera, son guardianes de esta memoria.

Explicado en principio desde mi experiencia personal de exilio y de desexilio, el inevitable paso del tiempo y ciertos acontecimientos propios de nuestro país le fueron transmitiendo al libro nuevos sentidos. Desde 2001 hasta hoy mismo miles de compatriotas acuciados por otros fantasmas, distintos a los que nos merodeaban y amenazaban en la década de los 70 y parte de la de los 80, pero igualmente válidos, eligieron irse buscando perspectivas laborales y existenciales distintas. Treinta y cuatro años después de nuestro regreso corroboro una hipótesis: la situación de exilio no tiene fecha de vencimiento. Cuando uno la atravesó con intensidad, tiene duración infinita. Lo que expira son algunas de las cuestiones de fondo que la originaron, seguramente su índole política. Pero como bien saben mis hijas, uno será *argenmex* hasta el final. Bienvenidos a la cuarta vida de *Seamos felices mientras estamos aquí*.

CARLOS ULANOVSKY
Julio de 2017

A JULIETA E INÉS

Ellas son mis hijas, mencionadas por orden de aparición en el mundo. Gracias a ellas entendí una esencia cultural importante: que a lo que traíamos como argentino natural le sumamos lo adquirido mexicano, eso que nos modificó para siempre.

Ellas son, de mente y corazón, de estilos y costumbres *argenmex*, ese neologismo tan oportuno y preciso, que define e ilustra el modo en que se enriqueció nuestra identidad. Julieta viajó por primera vez a fines de 1974, con seis años. Inés llegó en los brazos de su mamá con un mes de vida en el primer semestre de 1977. Y fue en México donde aprendieron toda una vida distinta: colegio y juegos, comidas y lenguaje, ropa y paseos, hábitos y costumbres que las hicieron crecer y las volvieron diferentes. Cuando regresaron a la Argentina, una vez más no por decisión propia, tenían catorce y seis años. No fue sencillo alejarlas de allí para volver a incluirlas en su país de nacimiento, del que desconocían casi todo. Por eso, desde entonces, México es una referencia permanente en sus vidas y una fuente de gratitud y gratificación.

Tras la vuelta, con otras amigas, crecidas en México como ella, Julieta integró un grupo vocal llamado Las Adelitas, cuyo repertorio eran corridos y rancheras, así como después integró otro llamado La Musical Mexicana, adaptación de la marca

de una conocida tienda de allá, La Comercial Mexicana. Con esta última banda cantó en restaurantes mexicanos y en festejos como los del día de la independencia de México. El primer grupo me cantó *Las Mañanitas* cuando festejé mis cincuenta años en Buenos Aires. El segundo, con mariachis, animó la presentación de la segunda edición del libro en 2001. Mientras estudiaba la carrera de Imagen y Sonido en la Universidad de Buenos Aires, Inés filmó un cortometraje documental de 16 minutos de duración llamado *Pasaportes*. Justamente, ese documento que a ella, a su hermana y a muchas amigas se les llenó de sellitos y de calificaciones inmigratorias. Allí entrevistó a chicas y chicos (tres de ellos nacidos y criados en México) que contaban a corazón abierto cada una de las paradojas y contradicciones que la vida (y sus padres) les habían planteado tempranamente.

Cada una de mis hijas siguió su camino, el que eligieron, pero en cada cosa que hicieron –incluidos inolvidables almuerzos con mole y guacamole– estuvo indisimulablemente presente la influencia de México. Julieta e Inés están en este libro para probar que México estará siempre en nuestros afectos más primarios, seguros y reconocibles. Ellas entendieron cabalmente aquello de que uno es ciudadano del lugar en el que se sintió feliz y fue feliz. Tan sencillo de entender como el mensaje de la artesanía que también está en la semilla del libro.

Gordas, muchas gracias por todo lo que hicieron y hacen por proteger la memoria familiar.

PAPÓ

CAPÍTULO 1

Varias vueltas posibles

A Ana y Nicolás (en memoria)

México, 1982-1983

Es posible que nosotros hayamos empezado a volver el mismo día que llegamos. Y no sé si eso fue especialmente bueno porque no pudimos ser felices mientras estuvimos aquí. En mi caso, pienso que tuve una gran, única estadía, abierta en octubre de 1974 y cerrada en enero de 1983, con un paréntesis amplio, el tiempo que pasamos en Buenos Aires, de enero de 1976 a abril de 1977. La primera vez pegamos la vuelta en cuanto pudimos, desoyendo voces sensatas y entendidas que decían a los gritos que ese no era el momento, que convenía esperar un poco, por lo menos a que las cosas se definieran, como efectivamente se definieron apenas sesenta días después. La segunda vez tuve que pensarlo mucho más, porque el retorno implicaba el abandono de una atractiva posición profesional que mucho me había costado alcanzar. Durante los meses previos a la partida tuvimos que deshacer la vida atada durante los últimos seis años, abandonamos cientos de objetos, transferimos, prestamos y regalamos otros tantos, incluido un perro al que nunca quise demasiado, y, al mismo tiempo, tuvimos que seleccionar una enorme cantidad de cosas que habíamos decidido que nos acompañarían en nuestro regreso. En esos últimos meses en México,

una palabra de origen inglés dominó el contenido de nuestras charlas más íntimas: *container*. Entre varios de los que habíamos decidido tomar el avión del regreso en enero de 1983 formamos una sociedad para enviar un *container* vía marítima. Allí, en esa gigantesca casa portátil, se acomodaron bibliotecas enteras, artesanías mexicanas, vajillas, miles de discos, cuadros, enciclopedias, muebles, sábanas, frazadas, almohadas y hasta colchones. Gente con intereses políticos, a las largas y agotadoras reuniones con el objetivo de diseñar los detalles del envío las llamamos *la interna del container*, en las que se discutían los metros cúbicos de objetos que admitirían y qué cosas era conveniente dejar y cuáles no. Sin hablar de las discusiones con mi mujer, porque en los hechos ella se ocupó prácticamente de todo el armado y de los trámites.

En la primera estadía, la manera de volver no fue tan planeada ni organizada. En ese momento, los que volvían, recargados de muebles y de objetos, para no pagar el exceso de peso, apelaban a la comprensión de un funcionario de Aerolíneas Argentinas, en México, que solía extender una tarjeta con su firma como providencial salvoconducto. Los seis meses finales de nuestra segunda estadía en México, en 1983, tendieron a tratar de dejar todas las cosas en orden, una pretensión sencillamente imposible. Sin embargo, algo se consiguió: se pagaron hasta las últimas deudas, en especial se alcanzó la cancelación de tarjetas de crédito que nos habían originado una difícil situación. Se vendió todo lo vendible. Durante muchos fines de semana las mujeres de la casa y amigas organizaron lo que allá se conoce como “venta de garaje”, o sea, un auténtico remate de ropas, chucherías y adniculos domésticos. Eso sirvió para ir atenuando los rigores de la decisión de la vuelta, para entrar en el clima de desprendimiento y de distanciamiento indispensables, para que comencemos a meternos en el ambiente de despedida (en este caso empezando

por los objetos) y, por qué no, para hacerse de unos pesos que no venían mal.

Cuando, por fin, llegó el personal especializado que tenía que encargarse del armado de nuestra parte en el contenedor, nuestro departamento de la Villa Olímpica estaba auténticamente patas para arriba. La estopa y los bollos de papel de diario que servían como protectores de los objetos tapizaban el piso. Todos caminábamos azorados y con dificultad, pero el que peor lo pasaba, porque resbalaba y desconfiaba y lo expresaba con ladridos, era el perro. En un momento, como para completar el clima delirante, mi mujer, descalza, y yo, en chancletas, pusimos en una grabadora que todavía no había sido empacada, un cassette de tangos. Fue difícil, pero a la vez muy grato bailar *Romance de barrio*, un vals precioso. Bailamos con alegría, eso nos estimuló, pero ni bien terminamos con el último paquete que tenía que emprender el largo viaje, igual que nosotros, una nube de tristeza nos envolvió.

Durante los tres meses anteriores a la partida planeada para principios de 1983 yo no podía enfrentar el tema del viaje, porque apenas empezaba a hablar la voz se me aflojaba y los ojos se me ponían brillosos y lagrimeaba. Inesperadamente, la tantas veces soñada y proyectada partida se me volvía un dolor insuperable, en especial si la persona a quien tenía enfrente era un mexicano compañero de trabajo. En ese sitio –un puesto en el área de comunicación en un organismo del Estado dedicado a la defensa de los consumidores– pasé trabajando casi los últimos cinco años de mi estadía en México, en lo que constituyó una etapa de sostenidas gratificaciones y de adelantos personales, que califico como la relación de trabajo más completa de mi vida adulta. En ese puesto, me sentí mirado como siempre ambicioné y necesité y tuve en Enrique Rubio, el director del Instituto, un hombre de la carrera política en México, un respaldo importantísimo, proveniente de

una persona inteligente, sensible y progresista. Pensando en que la actividad me ayudaría a superar con más facilidad el mal trago de la despedida que tan angustiado me tenía, tomé la decisión de trabajar hasta el día anterior al de la partida. Pero como era previsible, el último día llegó y a mí me seguía costando mucho irme. A pesar del aliento de mis compañeros.

Ellos, los del trabajo –entre los que había varios argentinos–, me organizaron una despedida espectacular y conmovedora. Por supuesto había mariachis, pero los verdaderos animadores fueron mis amigos. Apenas la trompeta enronquecida se mezcló con el guitarrón y la música se alzó como un lamento, yo me largué a llorar. Sabía que no me servía esa despedida, pero el corazón superó a la cabeza. A la par de mí, otros también se desbordaron y echaron la lágrima. El coro de amigos, copa en mano, me cantaban *Adiós, que te vaya bonito* y yo no podía decir ni una palabra como para responderles adecuadamente a Ivonne, Meche, Paco, Rogelio, Bertha, Ana Lilia y Javier, que me pedía *No chilles, mano, no chilles*. También estaban Norma y Lila, periodistas argentinas, que trabajaban en el organismo: damnificadas, con el corrido, golpeadas en lo más hondo, ellas también anticipaban en esa fiesta su propia despedida, que tarde o temprano les llegaría. Norma ya la tenía decidida. Lila sabía que pasaría más tiempo aquí. A todos ellos los veo abrazándome incansablemente, deseándome para el futuro que se me abría las mejores cosas, con exactitud lo mismo que habían sabido despertar en mí. Luego me pasé la tarde repitiendo *Ay Dios, Ay Dios* y tragándome esos entrecortados suspiros de congoja, que siguen al llanto fuerte y desconsolado de los chicos. Me había prometido que no lloraría para poder decirles a todos tranquilamente lo que ya le había dicho a cada uno en la intimidad. Que en su compañía a mí me había ocurrido algo providencial y valioso: crecer, y ahora, como si fuera poco, me los llevaba en el corazón.

Cuando me abracé con Enrique, el director, volvió a preguntarme si lo había pensado bien. Cuando le dije que sí me respondió que las puertas de México y de su afecto seguirían abiertas para mí. ¿Qué otra cosa podía decirle a 24 horas del viaje? Le dije que sí, aunque no estuviera seguro de que fuera del todo cierto. Antes de irme le dije, en argentino, como a él le gustaba escucharlo: *Che, gracias por tus buenas miradas. Me hiciste sentir el mejor*. Algunas veces le expliqué que eso había sido muy importante porque venía de sentirme “el peor” en la Argentina. *Chau, Garufa* (así me llamaba desde que un día, en una fiesta, medio borracho, con Norma y Lila subimos al escenario y cantamos el tango *Garufa*), *volvé cuando quieras, cheeeeeeeee*. No me resultó nada fácil irme del todo, retirar el cuerpo, proteger el alma. Al día siguiente, en el aeropuerto, mi queridísima secretaria Lupita, Humberto, otro asistente, y Teófilo, un joven periodista inteligente y tenaz, se acercaron a despedirme y las emociones se renovaron.

Muchos de los argentinos con quienes habíamos compartido tantos momentos amargos y optimistas, de melancolía y de júbilo, o sea, la vida misma, estaban en el aeropuerto para decirnos adiós y para desearnos suerte, con abrazos inolvidables y demoleedores. Los que se iban se quedaban y los que se quedaban se iban y cada uno lloraba calidades distintas de la pena. Yo, particularmente, lloraba el fin de una etapa. Allí estaban mis dos hijas que mejor que nadie podían dar fe de este tiempo de incorporaciones ricas, distintas, contradictorias, de crecimiento. Inés, la menor, riéndose junto con su amiga Flor, una mexicana de verdad, pero argenmex de corazón, dándose cuenta de que eso de ver moquear a los mayores provoca siempre una inquietud desconocida. Inés jugaba a uno de sus pasatiempos preferidos: imitar la forma de hablar de los argentinos. Julietta, la mayor, literalmente destrozada, llorando el desconsuelo

adolescente de la despedida, abrazando, sin poder desprenderse, tironeada por su doble lealtad, prometiendo y demandando cartas. Creo que mis hijas fueron realmente felices en México y eso, además de parecerme admirable, me hace sentir feliz a mí. En general, el poder de adaptación de los chicos debería haber sido un aliciente para nosotros los mayores, pero no lo fue. Los chicos vivieron mucho más libres que nosotros, no les pesaba historia argentina alguna y, sencillamente, pudieron desarrollar su juego. Realmente no sé muy bien si querían volverse, porque la decisión (de los padres) no se plebiscitó en mesa familiar. Cuando lo decidimos no les quedó otra que aceptar la vuelta. Eso sí: hasta último momento, trataron de influir para que le habilitáramos un pasaje de regreso al perro, ese con el que nunca pude encariñarme. Nadie quería irse, pero en un momento hubo que abordar el avión, todos menos el perro. Finalmente, ¿quién no dejaba algo en el aeropuerto, uno de los lugares al que más habíamos ido durante nuestra vida en México, llevando y recogiendo, recibiendo y despidiendo gente que llegaba? Pensándolo bien, éramos los primeros en irnos de una extensa lista de espera argentina que se proponía el retorno durante el transcurso de ese año 1983. En especial porque en octubre habría elecciones que marcarían el retorno de la democracia. No había cumplido con mi promesa de 1977 cuando dije que la próxima vez que hubiera que dar ese paso no sería el primero en volver, como había hecho a fines de 1975.

Ahí volvíamos con los Casullo, otra familia, e imaginábamos que éramos como aquellos inmigrantes que, seguramente como lo hicieron nuestros abuelos, llegaron a la Argentina desde el mismo pueblo, en el mismo transporte (ellos en barco, nosotros en avión), con los mismos fines. *Somos compadres para siempre*, dijo mi amiga Ana, y todos coincidimos en que así sería.

Había varias vueltas posibles y, entre nosotros, y en los que

se quedaban, se agolpaban las respuestas y las preguntas. *Volver, pero para qué; Me muero de culpa por no tener ni un poquito de ganas de volver; Es desgarrante sentir que el país de uno está mal; Muchos ya no volverán, se quedarán para siempre aquí; Volver como volvieron los españoles después que murió Franco o los brasileños después de la dictadura, para sentarnos en un café y hablar de algo que olvidamos del lugar en donde estuvimos exiliados; Volver para, en todo caso, darnos cuenta de que ya no podemos vivir como antes en nuestro país; Volver para morir donde nacimos.*

El avión ya carretea y vuelvo a sentir miedo. Digo que es miedo al avión. Por las dudas me repito aquel formulismo que me aplaca un poco: *No se va a caer justo hoy que viajo con toda mi familia.* Ya sé que hay muchas maneras de volver, pero solo una de quedarse: ser feliz mientras estamos aquí. El avión toma velocidad y cuando el movimiento empieza a parecerse al desenfreno y ya no hay de dónde agarrarse, me vuelve a alcanzar el miedo a la vuelta, porque de entre tantas vueltas posibles no sé cuál me tocará.

Buenos Aires, 2001

A Marianita y Liza

Cuando escribo estas líneas ya se cumplieron 18 años de nuestro regreso, fecha que se convirtió en uno de los pocos aniversarios familiares que recordamos, además de los cumpleaños. Cada 23 de enero hacemos un pequeño festejo íntimo. Ya estamos ahora en condiciones de responder aquello que, con los dientes apretados, me preguntaba arriba del avión que me transportaba a Buenos Aires ya sabemos qué clase de vuelta nos tocó y, me apresuro a informar que no fue la peor, pese a que volvimos a vivir

a una nación plagada de turbulencias y nubarrones. Ah, entre paréntesis, el famoso *container* llegó, derrotando por goleada a la inevitable paranoia del extravío. La voluminosa encomienda, que había partido del puerto de Veracruz, México, llegó por fin con felicidad al puerto de Buenos Aires, Argentina, y ahí empezó otra odisea: repartir su contenido en tres lugares distintos. De eso también se ocuparon mi mujer y nuestra comadre Ana. De ese momento persiste una postal inolvidable: las dos mujeres, atravesando Buenos Aires, en una tarde de calor insoportable, en la caja de un camión de carga, buscando el destino final. Finalmente –cosas de inmigrantes– en materia de *containers* nada se pierde, todo se transforma: las buenísimas maderas del embalaje sirvieron para armarnos las primeras bibliotecas en Buenos Aires.

Hay otras dos cosas que puedo decir: una, que seguimos buscando la felicidad, y otra, que nunca dejamos de tener a México en la cabeza, parecido a cuando vivíamos allá y la Argentina ocupaba nuestro mundo de fantasías. México no ha sido de ninguna manera una obsesión malsana, sino una especie de dulce evocación en la que casi todo aquello que nos parecía malo o desagradable se ha borrado mágicamente. Y con el tiempo lo hemos consagrado como el otro país nuestro.

Decía que hoy, la pregunta de cómo nos iba a ir cuando regresáramos tiene escritos por lo menos dieciocho capítulos, y a cada año transcurrido desde enero de 1983 se le ha otorgado la entidad de capítulo del libro. Pero como sucede con esta clase de cosas, cada respuesta abre otra y esta otra nueva y así de manera sucesiva. Mucho más en un país permanentemente en crisis como la Argentina, que da tanto como quita. Creo que el libro ofrece contestaciones de sobra.

Habrá que buscarlas.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN	13
A JULIETA E INÉS	17
1 Varias vueltas posibles.....	19
2 La artesanía.....	27
3 Exiliados del miedo.....	31
4 Argentinos de adentro y de afuera.....	39
5 Bajo el volcán.....	45
6 ¿Antiargentino yo?.....	51
7 Los mundiales.....	59
8 La ciudad de uno.....	67
9 Desde la correspondencia.....	73
10 Se extraña todo.....	85
11 Comer y beber la vida.....	93
12 Hacer coincidir los originales.....	103
13 Cosas del lenguaje.....	109
14 Malvinas, lejos.....	117
15 La información y la cultura van por dentro.....	123
16 Pertenecer, juntos.....	133
17 El regalo.....	139
18 Cucarachas en Palacio.....	145

19	La manía de comparar	151
20	Lo que se murió	157
21	“Pum, pum... te llamabas”	163
22	<i>Las Mañanitas</i>	173
23	Charla con un amigo mexicano	177
24	Prejuicio contra prejuicio	183
25	Por decir que éramos mejores personas.....	191
26	Lo que nos trajimos.....	199
 GLOSARIO DE TÉRMINOS		 205
AGRADECIMIENTOS		219